1978-2008

A 30 años del conflicto del BEAGLE

(Cuando Chile y Argentina estuvieron al borde de la Guerra)

Conclusiones x 3: La visión de los Comandantes en Jefe

Ultimo Capítulo de la Serie Histórica

Por Gonzalo Vial Correa

CONCLUSIONES x 3 a 30 años

*Fueron tres “casi-guerras”, en su forma, bien diferentes las que vivieron hace 30 años el capitán de la escuela de Infantería **Oscar Izurieta**; el teniente instructor de T 37, **Ricardo Ortega** y el teniente instructor en la Escuela Naval y experto en baterías **Rodolfo Codina**.*

Los tres pensaban de la misma forma en un punto: el estallido era inevitable.

El resultado lo veían también semejante: impredecible, aunque se conocería al cabo de un par de días; ni Chile ni Argentina tenían realmente “espaldas” para resistir más que eso.

El ánimo de los soldados, marinos y aviadores era el mismo y así lo palparon: disposición total... pelear hasta la muerte.

Las diferencias iban por otra parte...

En la Marina se percibía que el teatro de la guerra estaría –fundamentalmente– en el mar, a partir del minuto en que avanzaran los buques argentinos a ocupar las islas del Beagle, cosa que los chilenos saldrían a evitar con sus buques, sus torpedos, sus minas y sus cosacos.

A los aviadores, por su parte, los asistía el convencimiento de que el choque y el desenlace se definiría en los bombardeos “a finish” de un lado y otro, con esa tremenda destrucción que son capaces de provocar.

En el Ejército se tiene la certeza de que las guerras –cualquier guerra– se juega, al final del día, en tierra, en enfrentamientos con tanques, artillería, infantería.... o, en su defecto, “mostrando los dientes” de forma de intimidar al enemigo.

Naturalmente que ni Izurieta, ni Codina, ni Ortega –entonces entre los 27 y los 29 años, y pese a ser dos de ellos hijos de generales– podían soñar siquiera que llegarían a ser las máximas autoridades de sus instituciones y que el destino los juntaría.

La experiencia compartida en ese entonces, sin embargo, puede reconocerse en lo que son sellos de sus respectivos mandos: los tres se han jugado por estrechar relaciones con sus ramas de los países vecinos –particularmente con los argentinos– y los tres han dado –y están dando– la batalla por defender el poder de disuasión, en otra trinchera... la de las leyes.

GENERAL IZURIETA: “Chile ha ganado guerras, pero le ha resultado difícil ganar una paz firme con el otrora adversario.”

Ganar la paz... Salvar la paz, es un “lema” que le gusta repetir al Comandante en Jefe del Ejército. Sacando conclusiones del conflicto del 78, comenta:

DESPUES DE LA GUERRA, LA PAZ ES FRAGIL

“Han pasado treinta años. Hoy día, ya en las postrimerías de mi carrera militar, puedo reflexionar sobre lo vivido y las experiencias que nos dejó la crisis. Una guerra con Argentina habría sido tremenda; las consecuencias las continuaríamos viviendo hasta el presente. Después de la guerra, la paz es frágil, debe construirse a diario; quedan muchos resabios, resquemores, desconfianzas, resentimientos y no pocos odios. Todos ellos muy difíciles de superar en el tiempo. Chile ha ganado guerras, pero le ha resultado difícil ganar una paz firme, sin dubitaciones, con el otrora adversario”.

LA DEFENSA NO SE PUEDE DESCUIDAR NI IMPROVISAR

“Fue la precariedad de nuestras fuerzas, especialmente terrestres, la que hizo posible, primero, la amenaza peruana y después el reto argentino. De ahí que unas fuerzas armadas profesionales, eficientes, bien equipadas, suficientes y sustentables, sean la necesaria garantía para que un país pequeño, como el nuestro, pueda tener libertad de acción para administrar la paz y asegurar la estabilidad de su futuro. La defensa nacional no se puede descuidar ni improvisar. Ello constituye un alto riesgo”.

LA ACTUAL RELACION MILITAR CON ARGENTINA

“Quisiera terminar estos recuerdos con una mirada a la actual relación militar con Argentina. La madurez de nuestros pueblos ha llevado por caminos de entendimiento a ambas naciones. Desde los tiempos del Ejército de los Andes y de la Expedición Libertadora al Perú, no había existido una mejor relación de amistad y cooperación que la que vivimos hoy con el Ejército argentino. Hemos logrado niveles de confianza mutua e integración impensados hace tres décadas. Si como joven capitán me hubieran contado en 1978 la evolución tan promisoria que iba a tener esta relación castrense, no habría podido creerla; era una utopía. Gracias a Dios hoy es una realidad”.

CEREMONIA EN EL REGIMIENTO TUCAPEL

En ese sentido, el general Izurieta tiene una anécdota personal, que habla de su iniciativa cuando ni siquiera pensaba en que podría llegar a Comandante en Jefe.

“Cuando mandé el regimiento Tucapel de Temuco –entre el 91 y el 93, tiempos de Menem y de Aylwin–, un día crucé a Junín de los Andes de turista y me acerqué al regimiento 26 de Infantería. Llegué de civil a tocar la puerta... y después de muchos timbrazos, nerviosismo y un estupor que abarcó desde el conscripto que estaba en la entrada, logré llegar hasta el Comandante. Le dije: “ Yo vengo a saludarlo y a invitarlo a que celebremos juntos el día de la infantería”. Y así fue como se hizo, el 7 de junio –él vino con una delegación; yo con todo el regimiento formado–, y comenzó una relación con un comandante que llegó a ser el Subjefe del Ejército argentino.”

Como director de la Escuela Militar repitió la experiencia convidando al también director, que era el coronel Santiago Morel, al juramento a la bandera; él lo invitó de vuelta.... “y largas horas conversamos del conflicto: “dónde estuviste tú, qué hiciste y qué ibas a hacer tú, realmente...muy emotivo”.

ALMIRANTE CODINA: “Nunca en tan corto tiempo hemos renovado tanto material... nos da seguridad”

Al asumir como Comandante en Jefe, el Almirante Codina tenía pensado ya dónde pondría los énfasis de su mando. Fueron tres: consolidar el desarrollo del poder naval; acercar la marina a la ciudadanía –hincándole el diente sin miedo al tema de los derechos humanos– y reafirmar una amistad entre las Armadas de la región, principalmente con los vecinos, incluyendo a Bolivia.

Son sus sellos, y en ellos no está ajena la experiencia del 78.

Recuerda el tiempo cuando las relaciones con Argentina eran francamente hostiles.

DE BUQUE A BUQUE NO HABIA SALUDOS...

“Eso yo lo viví muy de cerca cuando estuve en Puerto Williams el año 71. Siendo comandante de un pequeño buque, cuando me cruzaba con una unidad de la armada argentina, no nos hacíamos ningún saludo; al contrario, intercambiábamos gestos muy poco amigables. Ese ambiente ya se vivía antes que se decidiera llevar el conflicto del Beagle a un arbitraje, evento que concretó el gobierno del Presidente Allende el año 72. Ushuaia tenía entre 4 y 6 mil habitantes; nosotros éramos 800 en Puerto Williams, y en ese tiempo, en esa área, las violaciones de soberanía y los disparos de advertencia eran cosa frecuente”.

Bien distinto a lo que pasa hoy, como tienen oportunidad de comentar, el almirante Codina y el almirante Jorge Omar Godoy, Jefe del Estado Mayor General de la Armada Argentina, ambos tenientes movilizados al Sur en el año 78.

“Hoy existe desde hace 10 años una patrulla antártica naval combinada chileno -argentina; efectuamos anualmente ejercicios de rescate y salvataje en la zona austral; tenemos un oficial argentino embarcado en la escuadra y un chileno en la FLOMAR; un teniente en un batallón de infantería de marina en ese país y su par en Chile; intercambios entre las academias de guerra; realizamos anualmente ejercicios de planificación de crisis bilaterales, tenemos un instructor de vuelo argentino en nuestra escuela de aviación naval y un chileno de instructor, en la misma área, en Argentina; reuniones frecuentes entre nuestros estados mayores, entre otras actividades no menos importantes.”

EL POLEMICO EFECTO DE LA DISUASIÓN

“La disuasión –en este caso del poder naval– es algo que no se puede relativizar. A nosotros, como Armada, nos pasó que todos los buques llegaron al límite de su vida útil a la vez y lo que hemos hecho es histórico: nunca en tan corto tiempo hemos renovado tanto material, lo que ha sido fundamental para proporcionar una efectiva disuasión”.

Hay que hacer notar que la disuasión, para que sea efectiva, debe descansar entre otras cosas, en una fuerza naval moderna, equipada y entrenada. Es por ello, que resulta fundamental renovar oportunamente los buques que completan su vida útil, tarea que no se puede improvisar y que requiere de una adecuada planificación y financiamiento”.

Tema bien poco entendido, admite el almirante: “Cuando voy a alguna universidad a hablar de temas de Defensa, los jóvenes me preguntan por qué se gasta tanto en armamento si hay tanta necesidad de camas de hospital, por citar un ejemplo.... Entonces yo los llevo al plano personal: a mí también me gustaría tener mi casa abierta y no tener que gastar ni en alarmas ni en cercos...

Para aquellos que en la era “postmoderna” cuestionan o se toman de manera liviana el concepto de la soberanía, el Almirante Codina recuerda cómo los jóvenes marinos de entonces veían esa situación de evidente amenaza.

“Nunca tuve –ni tampoco vi, entonces– ninguna duda respecto de la importancia que para cada uno de nosotros tenía la defensa del territorio. Estábamos frente a un laudo declarado nulo por una de las partes y eso no se podía aceptar. Nuestra obligación –así lo entendíamos– era defender cada metro cuadrado de nuestro territorio”.

GENERAL ORTEGA: “Nuestra generación aprendió que nunca más el país podía correr tantos riesgos”

“La nuestra fue una generación privilegiada desde el punto de vista militar. Las situaciones que vivimos con Perú y con Argentina nos obligaron a pensar de una manera diferente de lo que se pensó hasta ese momento, en cuanto a que el país nunca más podía correr riesgos como los que corrió”.

Hoy ese teniente Ricardo Ortega –alias Orca en el combate– dice con tranquilidad: “Todos nuestros aviones, treinta años después, son de primera línea. Puede que no sean los más modernos del mundo, pero están en un muy buen nivel”.

Es una de sus improntas en la Comandancia en Jefe: la preocupación por renovar el material de vuelo y por mantenerlo en impecables condiciones. Por ello, el general Ricardo Ortega está dando todas las batallas.

“Esa situación tan desfavorable en que nos encontramos para el conflicto con Argentina no puede volver a darse. Los riesgos que corrimos, lo cerca que estuvimos de algo que pudo haber sido tremendamente costoso para el país...”.

Lo que el general llama sin eufemismos “la desprotección de la Fuerza Aérea” venía de hacía tiempo.

“En los años 60 y 70 casi no se compraba armamento; al final del gobierno de Frei Montalva llegaron los Hawker Hunter. Y el que compró los F5 y los A37 fue el ex presidente Allende. Realmente no había mucha preocupación por el tema militar y eso lo sufrió la generación nuestra que llegó al año 78.”

LAS PLATAS DEL CONFLICTO SALIERON DEL PRESUPUESTO PROPIO

En lo de la despreocupación no excluye al gobierno militar. Y recuerda cómo el mayor gasto que trajo el conflicto con Argentina tuvo que salir de su propio presupuesto. La billetera de Hacienda permaneció cerrada, pese a la cuasi guerra en la que el país estaba sumido.

“Todo el mayor gasto corrió por parte de nuestro presupuesto. El Presidente (Pinochet) pudo haber reordenado el Presupuesto de la Nación, pero no lo hizo, Y vino la crisis del 82 en que a todas las Fuerzas Armadas nos quitan el 15%. Ese es el momento en que mucha gente de la FACh comienza a emigrar, desencantados, no sólo por las bajas remuneraciones, sino porque podíamos volar muy poco por la restricción de presupuesto”.

CUIDAR LA CAPACIDAD DISUASIVA

“Las Fuerzas Armadas no se improvisan”, sentencia el Comandante en Jefe para fundamentar su posición en la discusión actual sobre la Ley del Cobre.

“Hoy tenemos un aparato disuasivo con una buena capacidad para el combate producto de que aprendimos la lección. Entonces, cuando se hagan todos los cambios que se pretendan hacer, hay que cuidar esa capacidad, que no decaiga, como decayó en el pasado. El país estuvo en un problema serio de seguridad nacional al tener debilidades importantes en el tema de la defensa, que hoy día no se tienen gracias a que el Estado entendió en un momento que era necesario tener un sistema que proporcionara recursos a las Fuerzas Armadas.

Y no hay que olvidar –advierte– que las compras de armamento son de largo plazo.

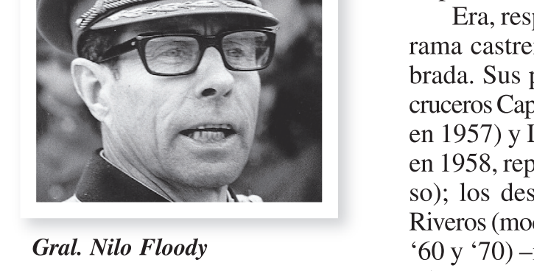
“ Ese es mi temor ahora... Si no se toman las precauciones que hay que tomar, no va a pasar nada ni el próximo año ni en dos años más, pero a lo mejor, dentro de siete, vamos a estar en un problema serio y eso es lo que hay que prever. Hay otros países que están buscando justamente una fórmula como la nuestra de la Ley del Cobre, de forma de tener un flujo que no entre a disputar los recursos, ni con la Salud, ni con la Educación, que son otros temas también de preocupación nacional, pero diferentes. Lo que nosotros tenemos con el cobre, los peruanos lo quieren emular con el gas; también los bolivianos y los ecuatorianos con el petróleo”.

¿Nueva Guerra del Pacífico en los años 70?

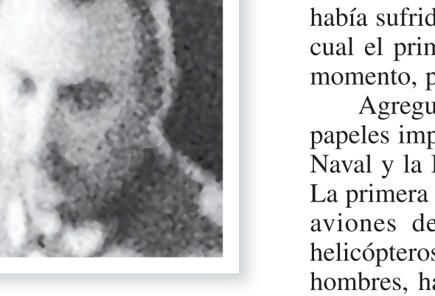
Frentes y planes de combate (II)

POR GONZALO VIAL

Gral. Prussing



Gral. Nilo Floody



Gral. Morel

Sabemos ya que los “frentes” o “teatros” de combate u operaciones de Chile eran cuatro: del Norte (T.O.N.), del Centro (T.O.C.), del Sur (T.O.S.) y Austral (T.O.A.).

Vimos ya el primero.

El T.O.C., dijimos, tenía pocas fuerzas propias, pero sí “complementos” para apoyar a cualquiera de los otros frentes donde el enemigo atacase.

Abarcaba las regiones IV a VI, con la II División que mandaba el general Enrique Morel.

Seguía el T.O.S (VII a X Región), con las divisiones III y IV (general Luis Prussing).

Y finalmente el T.O.A., XI y XII Región:V División del general Nilo Floody.

T.O.C. y T.O.S., en el hecho, operaron de manera conjunta, como un solo frente de operaciones, englobado por lo común bajo el primer nombre. Contenían y defendían las instituciones civiles y armadas que eran corazón y cerebro del país, y la mayor masa poblacional de éste, pero no se esperaba allí el ataque inmediato del enemigo.

La Armada. El aspecto logístico y administrativo corría cargo de las “zonas navales”, y la operación de guerra tocaba la Escuadra, que dirigieron el contralmirante Arturo Troncoso, y después el contralmirante Raúl López.

Era, respecto de Argentina, la rama castrense menos desequilibrada. Sus principales naves: los cruceros Capitán Prat (modernizado en 1957) y Latorre (modernizado en 1958, reparándose en Valparaíso); los destructores Williams y Riveros (modernizados en los años ‘60 y ‘70) –misileros–,Cochrane, Blanco, Zenteno y Portales; las fragatas Lynch y Condell, y cuatro torpederas. Completaban el rol los submarinos Simpson y Hyatt. Este había sufrido dificultades, por lo cual el primero era el único, de momento, plenamente confiable.

Agreguemos, pues jugarían papeles importantes, la Aviación Naval y la Infantería de Marina. La primera se remozó el ‘78 con aviones de reconocimiento y helicópteros. La segunda, 3.800 hombres, había sido reorganizada el año 1964 sobre la base de la antigua “Defensa de Costa”, instruyéndola y equipándola –en mejores tiempos– por los EE.UU. Su armamento era muy reciente, comprendiendo carros blindados y vehículos anfibios.

La Fuerza Aérea. Una reorganización implantada paulatinamente a contar de 1974, la dividía en cuatro “brigadas”: I (Iquique,cubriendo la zona Arica/Vallenar), II (Santiago,Vallenar/Angol), III (Puerto Montt, Angol/Coihaique) y IV (Punta Arenas, Coihaique/Puerto Williams). La brigada tenía dos escuadrones o grupos de combate, y el grupo cuatro bandadas, de cuatro aviones cada una. La brigada jugaba el papel logístico, administrativo, etc. de las “zonas navales” en la Marina, y el “escuadrón” o “grupo”, la función de guerra.

De los aviones de combate, alrededor de un centenar, solamente 38 contaban: 20 Hawker Hunters en mediano estado, y 18 modernos y recién adquiridos F-5. El resto era variopinto y obsoleto, incluyendo aeronaves de entrenamiento. Añadíanse unos 70 transportes y 25 helicópteros.

En julio de 1978, la FACh sufrió un devastador golpe interno al culminar la crisis entre su comandante en jefe, general Gustavo Leigh, y Pinochet. No nos es posible historiarla, pero el hecho final de ella fue que el resto de la Junta destituyó a Leigh de este organismo y de la jefatura aérea, reemplazándolo en ambos cargos el general Fernando Matthei. Dieciocho de los veinte generales del aire dejaron instantánea y simultáneamente la Fuerza Aérea, por ser de mayor antigüedad que Matthei, o por solidaridad con Leigh.

No nos corresponde, aquí, analizar las razones y sinrazones de la disputa Leigh/Pinochet, ni de que al segundo –como dijo– “no le temblara la mano” descabezando a la FACH tan completamente. Pero sin duda la aviación de guerra y el país corrieron un peligro grave. Los nuevos generales (sin minusvalorar sus méritos) llegaban, era obvio e inevitable, desprovistos de la experiencia y conocimiento de los respectivos cargos que habían acumulado los antiguos.

Afortunadamente, el general Matthei sí contaba con esa experiencia y conocimientos. Ello, tocando tanto la globalidad de la guerra posible –hasta el punto de que Pinochet le encomendó luego presidir el Comité Político/Estratégico, que debía planificarla, y dirigirla en caso de estallar– como por lo concerniente a la FACH misma. Cuya reestructuración, ya vista, era obra de Matthei y del general Sergio Contardo.

Carabineros. Su papel básico, sabemos, fue otro y fundamental: el orden interno. Pero de todos modos se estructuró la posible movilización de hasta el 60% de sus efectivos en apoyo a los combatientes. Sería el “Plan Bambi”. Los eventuales movilizados del cuerpo recibieron una dura y completa instrucción de guerra, tanto general como para los específicos “teatros de operaciones” que pudieran corresponderles.

La defensa chilena consistió en no dejarse provocar y en una espera arma bajo eol brazo.

La Armada era, respecto de Argentina, la rama castrense menos desequilibrada. Sus principales naves: los cruceros Capitán Prat y Latorre; los destructores Williams y Riveros -misileros-, Cochrane, Blanco, Zenteno y Portales; las fragatas Lynch y Condell, y cuatro torpederas. Completaban el rol los submarinos Simson y Hyatt.

A) La guerra argentina: el “Operativo Soberanía”

¿Cómo estaba planeada la acción armada de los vecinos?

Es difícil reconstruirlo, pero se ha hecho allende los Andes con mayor o menor fiabilidad, y tomando como base “filtraciones” posteriores.

El mejor estudio chileno parece ser el del teniente coronel Rubén Madrid (Memorial del Ejército de Chile Nº 471, 2003).

Según Madrid, aquella acción armada de los vecinos –el “Operativo Soberanía”– era la fase cuarta de la “Estrategia Nacional y Militar” de Argentina para derribar el fallo del Beagle, siendo las tres anteriores: a) su impugnación como “insanablemente nulo”; b) presionarnos mediante despliegues amenazadores de fuerza armada + conversaciones duras e inflexibles; y c) lo mismo, pero llevado al extremo: desplazamientos masivos de unidades, movilizaciones también masivas, violaciones de fronteras o espacios aéreos o marítimos, etc.

La cuarta fase, el “Operativo Soberanía”, resultaba del fracaso de las tres anteriores. Se desarrollaría así, poco antes y luego a partir del Día Cero (22 de diciembre de 1978), hora H (22 horas):

a. Hora H -2. Infantes de Marina, apoyados por la “flota de mar” (Flomar), Grupo de Tarea Nº 1, ocupan las islas Frecynet, Hershell, Wollanston, Deceit y Hornos, al sur de las tres directamente disputadas.

b. Hora H. Los mismos, ocupan estas últimas. El Grupo de Tarea Nº 1, controla el Canal.

(El Grupo de Tarea Nº 2 de la flota ha quedado en la boca oriental del Estrecho de Magallanes, con el objeto, quizás, de apoderarse de nuestro Puerto Williams).

c. Hora H + 2. Ofensiva terrestre, V Cuerpo de Ejército Argentino (general José Antonio Vaquero). Objetivo: Puerto Natales, Punta Arenas. Luego a la espera de “d”.

d. (Según lo sucedido en “c”). Ofensiva terrestre: III Cuerpo de Ejército (general Luciano Menéndez), secundado por el V de Vaquero. Por el paso de Puyehue (hoy Cardenal Samoré). Objetivo: cortar comunicaciones del centro al sur de Chile; conquistar posiciones cercanas a Santiago y, de ser posible, ocupar Valparaíso.

¿Y la aviación argentina? Se esperaba de ella: I. Bombardear blancos militares de Puerto Williams y Punta Arenas, y II. Aniquilar a nuestra fuerza aérea en tierra, estilo “guerra de los seis días” israelí (1967). Sobre esta segunda finalidad, sin embargo, habría prevalecido la de hallarse disponible para el apoyo de la Flomar, si nuestra escuadra la enfrentaba.

Quedaron dos reservas importantes:

-II Cuerpo de Ejército (general Leopoldo Galtieri). Detendría cualquier ofensiva brasileña.

-II Brigada de Caballería Blindada, dependiente del IIº Cuerpo. En Comodoro Rivadavia, previniendo una contraofensiva chilena. Esta se suponía blindada, visando la zona petrolífera. También se especulaba sobre contraataques en el norte, Neuquén, etc.

Conocemos la certeza de triunfo que animaba a los argentinos, no irracional, habida cuenta de su superioridad en hombres y armamentos.

Creían que haríamos una resistencia sólo simbólica, o bien efectiva y sangrienta, pero corta. Para luego recurrir a los organismos internacionales. Argentina no pensaba rechazar que éstos interviniesen, pero quería que cualquier “cese el fuego” la hallase en una postura de poder... ocupando las islas y la mayor cantidad posible de territorio chileno. Presupuestaba, para ello, un grueso número de bajas: 5.000, versus 3.000 de Chile.

Soldados argentinos en la frontera con Chile, en la víspera de la Navidad de 1978.

Creían que haríamos una resistencia sólo simbólica, o bien efectiva y sangrienta, pero corta. **Argentina quería que cualquier “cese el fuego” la hallase en una postura de poder...** ocupando las islas y la mayor cantidad posible de territorio chileno. Presupuestaba, para ello, un grueso número de bajas: 5.000, versus 3.000 de Chile.

B) La guerra chilena: paciencia y resiliencia

El general Matthei asumió la comandancia de la Fach tras la disputa Leigh-Pinochet. Este último le encomendó presidir el Comité Político Estratégico de la posible guerra.

Nuestra guerra consistió en no dejarnos provocar, y en una espera arma al brazo, vigilando todos los puntos de tierra, mar y aire por los cuales nos pudiera venir el golpe. Es probable, casi seguro, que la defensa incluyera uno o más contraataques. Pero no cabe, seriamente, indicar cuáles hubieran sido.

Todo planificado con rigor y detalle en sucesivos “juegos” de la Academia de Guerra, y sin el menor aspaviento. Secreto absoluto. “Juegos”, además, librados sobre bases reales -las disponibilidades verdaderas, para cada bando, de efectivos y armas- y no teóricas.

Desplegarían cuantos chilenos actuaron en los preparativos bélicos, patriotismo, ingenio de improvisación, nervios de acero y sobrehumana resistencia síquica y física.

Por ejemplo, un posible ataque aéreo a Santiago. Desde que cruzaran la cordillera, los aviones enemigos estarían en dos minutos sobre la capital. Se aumentó un margen de prevención tan estrecho, con puestos cordilleranos de vigilancia; los manejaban carabineros, provistos de cartillas que contenían las siluetas de los diversos tipos de aviones. Su coordinación con la FACh y la Marina fue complicada, pero el tiempo la hizo perfecta. Además, en los aeropuertos militares, los pilotos utilizaban para dormir, por turnos, las estrechas cabinas de los aparatos; el personal auxiliar hacía lo propio a pocos metros, empleando casas rodantes. Así, cualquier alarma desataba un despegue instantáneo...

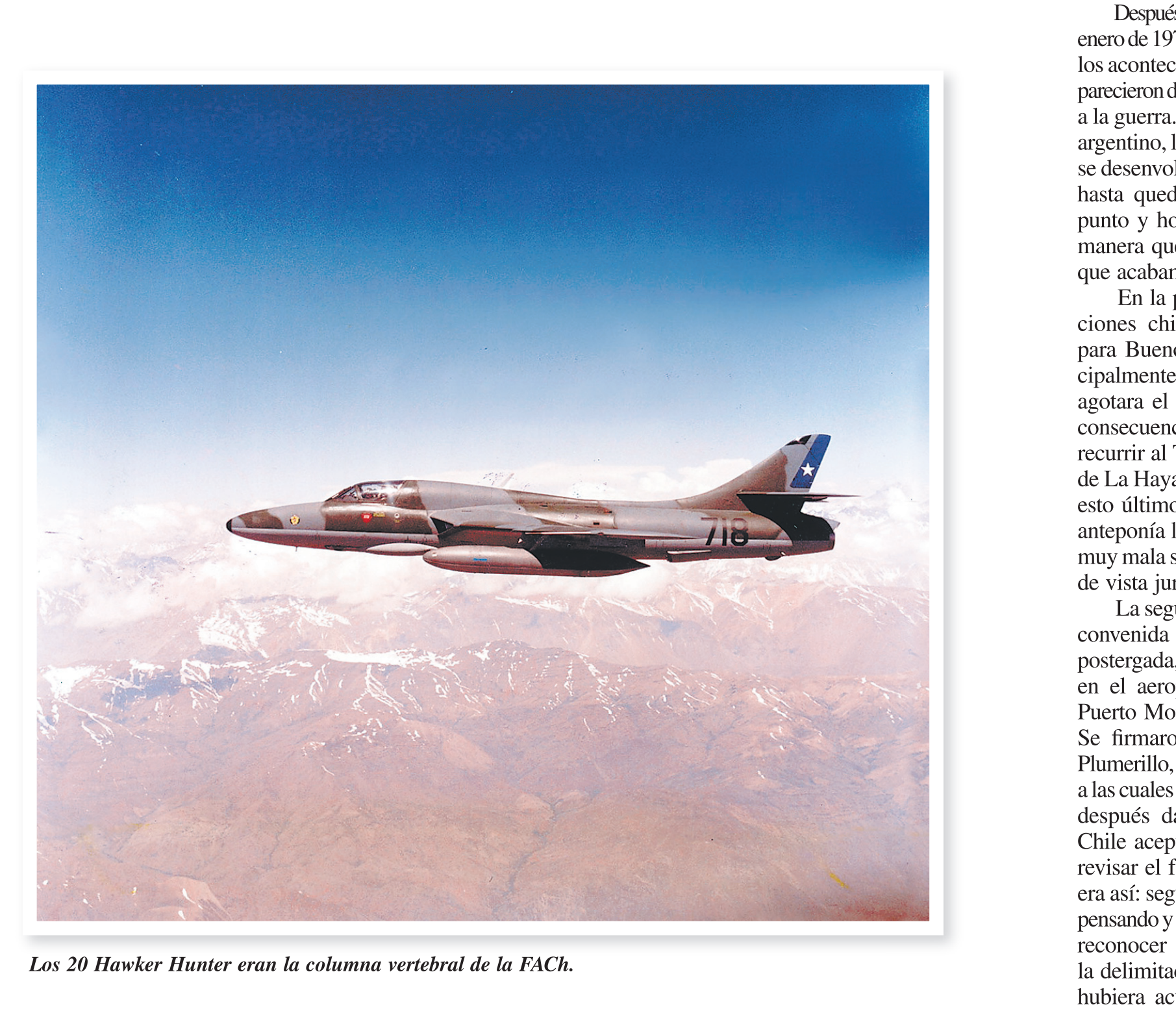
Reforzando las defensas, Matthei dispuso que “todo lo que volara” pudiese hacer daños de guerra: los Mentor de instrucción v.gr., tuvieron ametralladoras. Y los pequeños aviones y avionetas civiles que la FACH “reclutaba”, portaban bombas de hostigamiento, de sencillo manejo. Otra veloz creación de Carlos Cardoen, bautizada “PJ” (“para joder”).

En los pasos cordilleranos y territorios vecinos, la guerra de trincheras (quizás más hoyos que trincheras) era sacrificadísima. Menudeaban los problemas diarios, difíciles de resolver. La humedad y sus consecuencias médico/sanitarias, especialmente de hongos. La escasez y dificultad de conseguir ropa adecuada; abrigo nocturno; alimentos frescos; comidas calientes -las hacía inviables la combinación entre el territorio abrupto, y las viejas cocinas de campaña Krupp, reliquias castrenses-; correspondencia familiar más o menos expedita, etc. Todo se fue improvisando, y el ánimo no flaqueó.

Al avanzar la primavera de 1978 nuestras movilizaciones “selectivas” o “secretas” habían concluido. Cada uno se hallaba en su lugar de combate, al cual llegara más o menos subrepticiamente, en transportes nocturnos, aparentemente comerciales, naves de guerra camufladas, constituyendo grupos relativamente pequeños, para no llamar la atención. Las escuelas de oficiales y suboficiales se veían desiertas, concluidos los cursos para formar jefes “a presión”, y las clases normales estaban cerradas pues profesores y alumnos eran ahora soldados...

Los generales peleaban con dientes y uñas por efectivos, ya todos repartidos. Cuando la cabeza del T.O.N. descubrió que su “refuerzo” o “complemento” de unidades se había “volatilizado” desde el Centro hacia el Sur, ardió Troya en un incidente a gritos entre jefes,q ue todavía se recuerda. Lamentaba el T.O.N., asimismo, que la flota estuviera totalmente enfocada hacia el T.O.A.

Pero era que el espionaje e inteligencia modificaban, momento a momento, los escenarios posibles de combate. V.gr., un supuesto antiguo decía que, por tierra, los argentinos visaban Punta Arenas y Puerto Natales. Sin embargo, mapas sustraídos a unidades del ejército trasandino cerca de Puyehue (octubre/noviembre), sugirieron hallarse planificado, por este paso, una resuelta ofensiva para dividir Chile y, aun, empujar hacia el norte... Hubo que redesplegar fuerzas.



Los 20 Hawker Hunter eran la columna vertebral de la FACh.

Matthei dispuso que “todo lo que volara” pudiese hacer daños de guerra: los Mentor de instrucción tuvieron ametralladoras. Y los pequeños aviones y avionetas civiles que la FACH “reclutaba” portaban bombas de hostigamiento, de sencillo manejo.

Hacia la guerra, a toda máquina. El desenlace

Después de Plumerillo, Mendoza, enero de 1978 (Fascículo Segundo), los acontecimientos diplomáticos parecieron dirigirse inexorablemente a la guerra. De hecho, por el lado argentino, los preparativos de ésta se desenvolvieron paralelamente, hasta quedar nuestro vecino en punto y hora de atacarnos de la manera que habían preparado, y que acabamos de ver.

En la práctica, las conversaciones chileno/argentinas eran, para Buenos Aires, sólo o principalmente el modo que no se agotara el trato directo y ,como consecuencia, no pudiera Chile recurrir al Tribunal Internacional de La Haya (Tratado de 1972). A esto último, sabemos, Argentina anteponía la guerra, sabiendo ser muy mala su causa desde el punto de vista jurídico.

La segunda cita presidencial, convenida en Plumerillo y luego postergada, se verificó finalmente en el aeropuerto de El Tepual, Puerto Montt (febrero de 1978). Se firmaron allí las “actas” de Plumerillo, debatidas con minucia, a las cuales los argentinos querrían después darle el sentido de que Chile aceptaba la posibilidad de revisar el fallo de 1977. Pero no era así: según el texto, seguíamos pensando y proponiendo lo mismo: reconocer la sentencia, discutir la delimitación marítima y, si no hubiera acuerdo, presentarse de consuno a La Haya. Por sí acaso, Pinochet lo reafirmó inequívoca, casi abruptamente, mediante un discurso que pronunciaría en El Tepual, fuera de programa... y de protocolo. Videla, descolocado, respondió débilmente. Sin embargo más tarde, desde Buenos Aires, exhibiría igual dureza: “El laudo arbitral no existe; el camino justiciable está terminado”. Un general argentino le atribuye, además, haber añadido: “(Si fracasa una solución directa) seguirá una dirimida por las armas”.

Empezaron a reunirse las diversas comisiones mixtas acordadas en Plumerillo, con momentos de esperanza y otros de desánimo... pero ningún resultado práctico. Pues ninguno de los países estaba dispuesto a abandonar su posición básica.

El 2 de noviembre vencieron los 225 días de status quo acordado, y Videla propuso nuevas entrevistas presidenciales. Sugerimos, en cambio, ir a La Haya pero -sabiendo que equivalía a un trapo rojo para Argentina- agregamos la sugerencia de nombrar un país mediador. Fueron y vinieron cartas, y el asunto parecía empantanado sin destino, cuando nuestro canciller -Hernán Cubillos, desde abril- llamó directamente por teléfono a su colega argentino, Washington Pastor, y le pidió reunirse ambos y discutir la posible mediación. Accedió Pastor, y ambos ministros se juntaron en Buenos Aires el 12 de diciembre.

El canciller Cubillos había tanteado en el año ‘78 a tres Sumos Pontífices sucesivos, procurando que el Vaticano interviniera para promover la paz. Pablo VI, muy enfermo, y dudoso de que una actuación así fuese propia del papado, vaciló en asumirla... y murió. Durante la entronización de su sucesor, Juan Pablo I, Hernán Cubillos logró hablar con él e interesarlo, hasta el punto de emitir un documento dirigido a los episcopados de ambos países, exhortando al acuerdo chileno/argentino... y luego, también murió. Cubillos lo supo durante una visita oficial a China, y obtuvo que el nuevo Vicario de Cristo, Juan Pablo II, lo recibiera en una escala del regreso a Chile. La entrevista fue larga, cartas náuticas sobre la mesa, y el Papa quedó compenetrado de la gravedad del problema y dispuesto a ayudar.

Gestiones parecidas harían con él y los gobiernos en pugna, otros países -destacadamente,los EE.UU.-, y los obispos chilenos y argentinos. Entre los primeros, especialmente monseñor Silva Henríquez y el obispo de Osorno, Monseñor Francisco Valdés; de los segundos, los cardenales Primatesta y Aramburu.

El 12 de diciembre, Pastor indicó el nombre del Papa como mediador, creyendo que Chile no lo aceptaría, por las delicadas relaciones entre Gobierno e Iglesia en nuestro país, derivadas de los problemas de derechos humanos. Pero Cubillos y Pinochet estaban convencidos de que una cosa y la otra no se mezclarían. Aceptamos sobre tabla la mediación pontificia. Quedaba delimitar sus márgenes: Argentina los quería muy acotados, y Chile, amplios. Hubo acuerdo en principio sobre ellos: la solicitud a Juan Pablo II se redactaría de consuno y sería firmada a las 16 horas. Pastor, muy contento, salió a hablar con sus superiores.

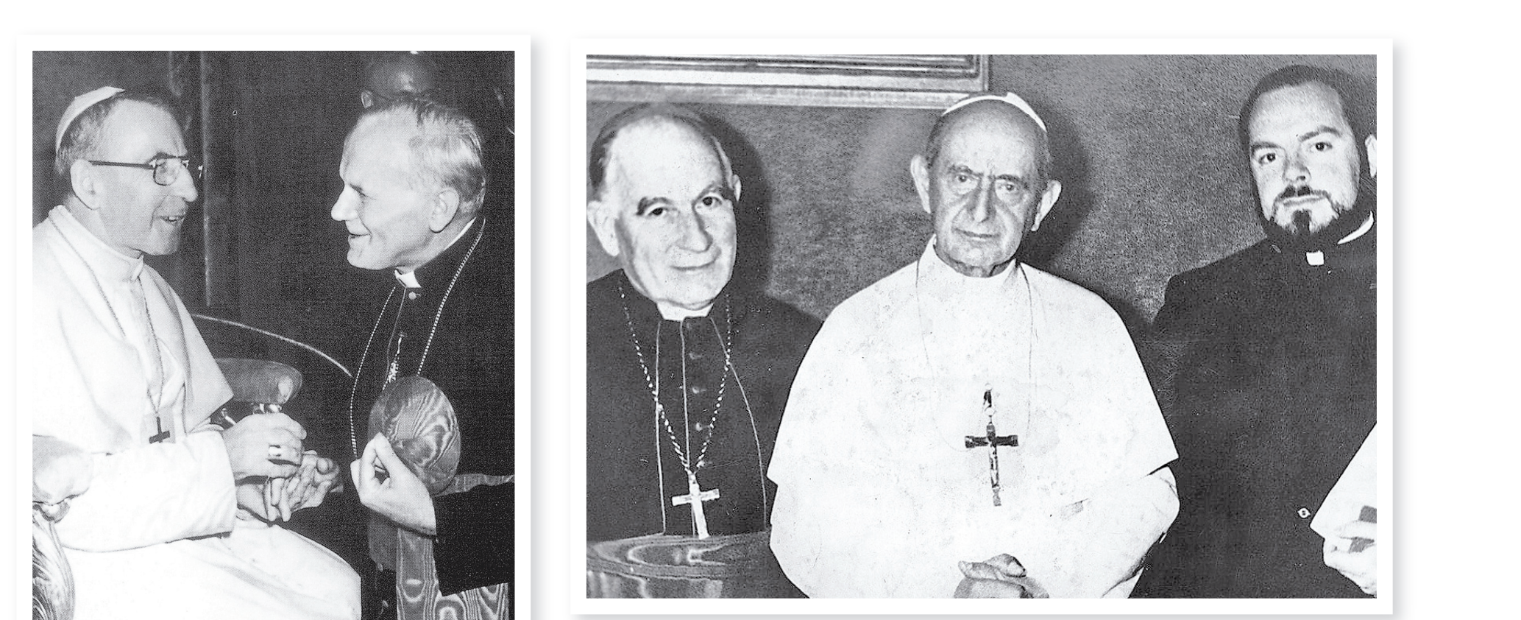
Trascendió el acuerdo, y las calles bonaerenses presenciaron espontáneas manifestaciones de júbilo.

16 horas: lloroso telefoneazo de Pastor a Cubillos. La Junta (“Comité Militar”) que rodeaba a Videla, no aceptaba lo convenido. Varias horas posteriores, intentando nuevas redacciones, fueron inútiles: encallaron en el inflexible “Comité”. Fojas cero. Aquella noche, la cena de despedida argentina a los delegados chilenos, sería un funeral.

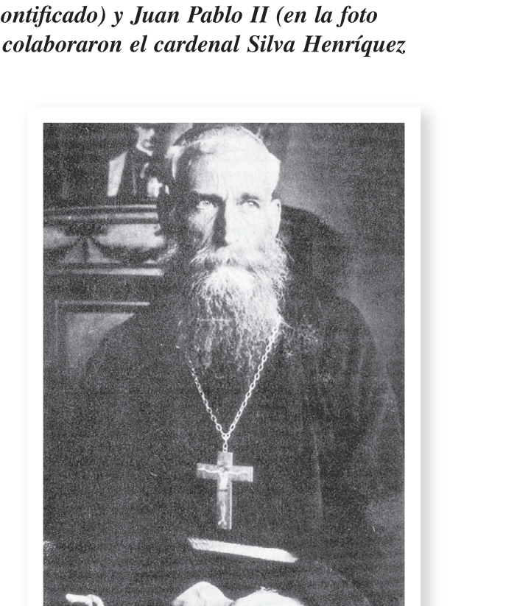
De regreso nuestra Cancillería, estimando inminente el ataque transandino,s ugirió un inmediato recurso a La Haya. “Démosle 24 horas, don Julio (Philippi) -dijo Pinochet-, tengo un presentimiento, esperemos 24 horas”.

Chile envió entonces al vecino, el 20,una nota conocida como “de Navidad”, reiterando el llamado a recabar la mediación pontificia. La respuesta demoró apenas horas, y fue de total negativa y una catilinaria contra Chile. Nuestra interpretación: la guerra, un hecho inmediato. Dejamos, el 21 de diciembre,listas las presentaciones a La Haya, al TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) y al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

El desenlace. Descontábamos, desde un comienzo, que Argentina iniciaría el conflicto armado desatando un ataque anfibio para ocupar una o más de las islas en disputa (y ya vimos que la suposición era efectiva). La flota chilena debería interponerse, a fin de impedirlo. Ello implicaba una gran batalla naval, que podía ser decisiva, y que era la única área donde se daba una relativa igualdad entre ambos países. La Flomar enemiga dispondría eso sí de mejor respaldo aéreo, apoyándose en su portaviones y bases de Tierra del Fuego... pero el mal tiempo, propio de la zona y época, posiblemente anulara esta ventaja. Por lo demás, la aviación argentina aún no desplegaba los adelantos técnicos que harían tan imprevisto y sensacional su actuar en las Falkland (1982).



El Canciller Cubillos se acercó a tres Sumos Pontífices sobre el diferendo austral: Paulo VI (ya muy enfermo), Juan Pablo I (fallecido al inicio de su pontificado) y Juan Pablo II (en la foto con Juan Pablo I, antes de ser elegido Papa). También colaboraron el cardenal Silva Henríquez y el obispo Francisco Valdés.



El 12 de diciembre, Pastor indicó el nombre del Papa como mediador, creyendo que Chile no lo aceptaría, por las delicadas relaciones entre Gobierno e Iglesia en nuestro país, derivadas de los problemas de derechos humanos.

La inteligencia chilena, mediante aviones de reconocimiento, aeronavales y de la FACH, y otros sistemas, mantenía una continuada información sobre los paraderos e itinerarios de la Flomar.

Así, el 9 de diciembre –a tres días de la reunión Pastor/Cubillos en Buenos Aires– el almirante Merino supo que el enemigo había zarpado desde Bahía Blanca hacia el Sur. Se trataba, por supuesto, de llegar a las islas el Día Cero (22 de diciembre), Hora H-2 (22), como hemos dicho.

Eran, amén del portaaviones, un crucero, cuatro unidades misileras, cuatro artilleras y antisubmarinas, y buques de reabastecimiento. Comandaba el contralmirante Humberto Barbuzzi.

Merino llamó al jefe de la Escuadra chilena, contralmirante Raúl López, le informó la situación diplomática y terminó diciéndole (recordaba éste): “Ahora vamos en serio, ándate al sur y gana la guerra. Confío en ti”.

López embarcó inmediatamente en su buque-insignia, el Prat, y zarpó la misma noche. Lo imitaría el resto de la escuadra. Incluso el Latorre, que -concluyéndose de refaccionar- necesitaba “prueba de reparaciones”. La haría navegando, para completarla durante el largo viaje.

Talcahuano presenció el “apresto” de la escuadra... cargarla con todo su poder de guerra, aun corriendo cierto riesgo de seguridad. ¡Hasta misiles amarrados sobre la cubierta!

Salieron del puerto dicho nuestras naves, casi de inmediato, rumbo a la zona austral, pero debiendo esperar en los mares de Chiloé el resultado de la conferencia de Buenos Aires, el 12.

Todo el viaje que describimos fue escalonado, nocturno; en el mar, los buques recibieron su camuflaje definitivo.

Culminaban así meses de sacrificios y padeceres,entrenamiento constante -a menudo en durísimas circunstancias-, lejanía y difíciles comunicaciones familiares, tensiones, idas y regresos, expectativas de una batalla que ya todos ansiaban como liberadora, pero que se difería una y otra vez... Ahora, pensaban, sería la vencida.

Después del fracaso bonaerense, la flota chilena se amparó a sus “fondeaderos secretos “ de los canales, indetectables desde el aire entonces (hoy no, debido al espionaje satelital). Aguardó instrucciones. La componían dos cruceros, cinco destructores, dos fragatas, un submarino, cuatro torpederas y naves menores, comprendidas una logística y otra de combustible.

La ruta de la Flomar la llevaba del Atlántico –en un punto intermedio entre las Falkland (Malvinas) y la Tierra del Fuego– hacia las aguas del conflicto... hacia la Bahía Nassau y el Canal Beagle, pasando por el oriente de la Isla de los Estados.

El 20, hacia las 2 A.M., López recibió de Merino un cable cifrado: “Agresión inminente... acciones de guerra al amanecer”.

Nuestras naves hicieron los preparativos finales, de combate (incluso desembarcar el exceso de petróleo, y todo móvil prescindible). Y partieron.

El 20 mismo, alrededor de las 5 A.M., estaban en mar abierto, aguardando, interpuestas entre la Flomar y las islas chilenas. López había dividido las unidades en dos brigadas: la “artillera”: “Alfa” o “Acero” (el Prat y cuatro destructores); y la “misilera”: “Bravo” o “Bronce” (el Latorre, un destructor y dos fragatas). El submarino Simpson operaba independientemente de las brigadas. Las apoyaba una veintena de naves auxiliares, incluido el vital petrolero Araucano, disfrazado de mercante alemán.

Desde el día anterior, la zona del posible enfrentamiento sufría un feroz temporal, con vientos que alcanzaban los 100 kilómetros /hora, y olas de doce metros de alto. La Flomar carecía de apoyo aéreo. Ideal para nosotros... siempre que atacáramos primero, apareciendo superficialmente como “agresores”. Pero ser seguir esperando implicaba el peligro de que el mal tiempo cesara, y la Flomar recuperase el respaldo de aviación. No sabemos bien si López alcanzó a elegir alternativa.

Ambas escuadras, en movimiento, distaban cuatro horas de detectarse electrónicamente, y seis de hallarse a tiro.

El contralmirante chileno ordenó avanzar. Lo hicimos en forma de cuña o V, siendo las brigadas los brazos de ésta. Pero aproximadamente a las 8 A.M., la inteligencia naval le informaba que la Flomar, había cambiado de rumbo hacia el Norte... como en retirada. Probablemente, para esperar mejor clima a los fines del desembarco, aunque ello alterase el calendario operativo.

Volvimos al punto de partida. La tensión era insoportable. Corrió el día 21.

A las primeras horas de la noche, Merino ordenó de nuevo zarpar y, caso necesario, actuar. Lo hizo López de noche, pero la mañana del 22 quedó definitivamente claro que no tenía contendor: la Flomar, separada de los chilenos por dos horas de navegación, se devolvía, tomando el norte.

¿Por qué lo hizo? Ambos gobiernos y ambas Fuerzas Armadas velaban desde el 21, aguardando el 22 y su hora H-2, las 22, que desatarían el Apocalipsis. Mas ya, desde la tarde del 21 (horario romano), Chile y Argentina estaban oficialmente al tanto de hallarse Juan Pablo II “dispuesto, más aún, casi deseoso” en orden a mediar. Fue por ello, seguramente,que la Flomar no consumó el acto inicial e irreversible de la agresión argentina.

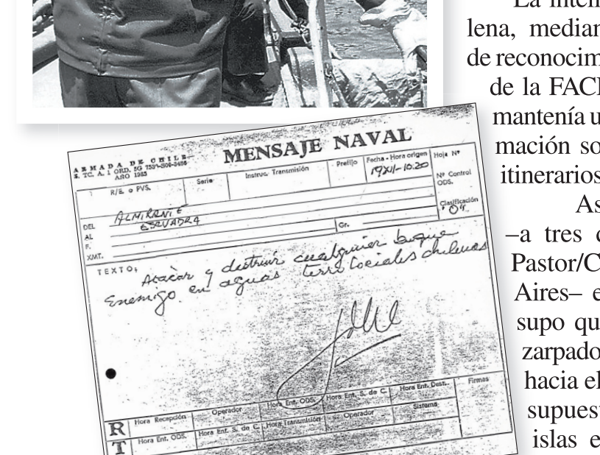
El 22, de mañana, se conoció mundialmente el mensaje navideño de Juan Pablo II al Consistorio Cardenalicio: aceptaba ser mediador, un representante suyo volaría de inmediato a los países en pugna, y mientras tanto instaba a no innovar.

Chile aceptó de inmediato. Videla, asimismo, pero no es claro el peso real que esto tuvo. Pues en Buenos Aires, reunida la Junta/Comité, “halcones” y “palomas” discutieron todo el día. Finalmente, a las 18.30 horas, se dio la contraorden general: no atacar. Patrullas argentinas ya internadas en territorio chileno, debieron ser retiradas mediante helicópteros.

El 26, el enviado pontificio -el cardenal Antonio Samoré, de 73 años, Bibliotecario y Archivero del Vaticano, pero de vasta experiencia diplomática en Latinoamérica- llegaba a Buenos Aires, y el 28 a Santiago. El 8 de enero, en Montevideo, los cancilleres chileno y argentino firmaban un larguísimo acuerdo de mediación papal. Abrazándolo, Cubillos dijo a Ernesto Videla, funcionario clave del proceso que había concluido a este primer éxito: “Ojalá que hasta el último recluta del frente hubiese escuchado el ruido de mi pluma cuando firmaba”.

La mediación sólo abría un largo camino hasta la paz final de 1984... quedaban por delante muchos incidentes grandes y pequeños, y “halcones” y “superpatriotas” listos para intentar aprovecharlos. Pero la guerra había devenido imposible, de hecho, una vez interpuesto Juan Pablo II entre Chile y Argentina.

El canciller Cubillos firma la solicitud de Mediación del Papa. A su lado, el cardenal Samoré y a la izquierda el ministro de Exteriores argentino, Washington Pastor.



MENSAJE NAVAL

Contraalmirante Raúl López Silva. Recibió la orden de Merino de atacar y destruir cualquier buque enemigo en aguas chilenas.

Merino llamó al jefe de la Escuadra chilena, contralmirante Raúl López, le informó la situación y terminó diciéndole (recordaba éste): **“Ahora vamos en serio, ándate al sur y gana la guerra. Confío en ti”.**